

Azul (paciente del dr. Ron)

Aarón Alejandro Romo Arceo

AARÓN ROMO

---

**AZUL**  
(Paciente del dr. Ron)



## Capítulo 1

Se acomoda el escote como una promesa. Reafirma sus pechos mientras observa al chico.

Un servilletero y una copa ahogada de un azul brillante contaminado con vodka permanecen quietos. Ella acaricia el cristal frío.

–Siempre pensé que no te parecías a tu papá – le dice ella, pintando de azul su lengua con un silbido –. Estoy segura de que lo escucharás seguido.

La promesa del chico es una risa que no nace, sólo se insinúa. La sonrisa era idéntica a la de la madre.

–Lo escucho seguido, de hecho. – responde él, sin otorgarle las pupilas, perdidas entre los rincones no inhóspitos del bar –. Todos dicen que soy como mi mamá, sólo que con el carácter de mi padre.

–Eso habrá que corroborarlo.

Los dedos del chico se adherían a la mesa; no buscarían un trago que no estaba ahí. Ni siquiera una cerveza. Su padre bebía el whisky, a veces le entregaba el aliento al ron blanco. Sin coca cola, sin agua mineral, porque los cocteles se disfrutaban sólo entre putos. Un paladar masculino recibe todas las caricias y mordiscos que el licor pueda ofrecerle una vez que inician su acto.

No pidió nada para su paladar cuando entró al bar. No lo hizo al sentarse. No lo hizo cuando ella lo vio. No lo hizo cuando fue a darle el pésame.

–No creo que sea difícil. Nuestra suerte con las mujeres ya dice algo.

–¿Qué dice exactamente?

–Que luego de tres palos ya nos dicen adiós.

Ella ríe. Su boca pide otro sorbo.

–Los nuestros fueron un poquito más.

Él la mira, acaso divertido, acaso nervioso, acaso incrédulo. El padre no lo era.

Pocas almas revolotean entre las mesas; escasas bocas se llenan de cerveza o de la discordia del agave; claro era que ninguna boca se

cargaba de pureza o calidad.

Él siguió sin clamar por nada.

–Dime algo, Joaquín. ¿cuándo supiste lo que tu padre y yo hacíamos cuando iba a verlo la casa?

Le dio los buenos días la primera vez que lo vio jugando con un trenecito de colores azul y rojo, antes de que su padre la metiera al cuarto, le dio las buenas noches cuando lo vio haciendo su tarea en el comedor de la cocina.

Le dio los buenos días cuando lo vio regresar una vez de la secundaria y ella ya estaba saliendo de la casa, y le dio las buenas noches cuando las estrellas acompañaron su regreso ese mismo día.

Le dio los buenos días cuando se acercó a su mesa.

–Parecería extraño, pero desde niño imaginaba qué ocurría. Obviamente no al principio; eso sólo lo entiendes cuando pasan los años. Cuando lo entendí fue como haber descubierto que Santa Claus no existe, pero no importa porque aun así tendrás regalos muchas navidades más. No fue la gran cosa realmente. Sabía que tarde o temprano yo también estaría en algún cuarto metido con alguna mujer.

–¿Y fue así?

–Varias veces.

La laguna azul se remueve en la copa. Besa nuevamente el cristal.

–Tu padre era lindo.

Él le sonríe.

–Supongo. El dinero vuelve lindo a quien sea.

–Por Dios, tu padre no tenía donde caerse muerto. Pero yo iba a verlo, aun así. No era como los demás clientes. Él irradiaba algo más que solamente ganas de coger.

–¿De verdad?

–Claro. No era un simple caliente. Recuerdo que la primera vez que lo hicimos platicó conmigo un rato. Siempre lo hacía. No importaban los años que pasaran, siempre platicábamos antes de coger. Pareciera que eso nos entrañaba de otra forma, y eso a él le gustaba, y no voy a mentir, a mí

también.

En el aire, se respira una canción de amor, no es un profeta, es un marginado el que desgarró las bocinas en el techo.

–Por años te vi llegar a la casa – dijo él –. Por años supe lo que hacían. Por años quise creer... – quiebra sus palabras. Confiere el silencio. Tabaco gris llega a sus fosas – ... que tu podrías ser mi mamá.

Quiétude. Más allá de las penurias amorosas que se fusionan con el oxígeno y revientan los oídos.

Ella atribuye la mirada a su copa. El mismo azul que el padre del chico le invitó la primera vez que presencié la promesa del escote.

–¿Sabías que en ocasiones me llamaba por su nombre?

–¿Perdón?

–Tu padre. A veces me llamaba como tu mamá.

Él sonríe. Ternura. La traspasa a ella. Los labios son herencia ajena a la madre.

–Nunca entendí porque jamás quiso volver a casarse. Supongo que creía que incluso así estaría siéndole infiel a mi madre. Tu cabello es muy parecido al de ella, ¿lo sabías?

Ella siente el vodka atorándose entre su quijada.

Las fotografías. Inmortalizaban bellas líneas en el rostro de una mujer que peinaba el mismo cabello que ella todas las mañanas.

–Me lo dijo varias veces.

–Sí lo creo. Nada contrarrestó su muerte como tú lo hiciste.

Un niño murió hace años. No recordaría donde fue enterrado. No hubo nada que enterrar. Un deceso que no se lloró. Nadie lloró. No había nada que lamentar.

–¿La llegaste a conocer?

Él exhala. No lo vicia tanto la música como el oxígeno, Su pecho casi revienta. Mira la laguna azul.

–Mi papá decía que nunca pudo siquiera sostenerme en sus brazos. Creo

que me pasé de verga al nacer.

Sólo ella resiente la carcajada. La asfixia con una mano. Nada de azul en el vaso. Ella sostiene la transparencia en sus dedos agrandados ante el cristal húmedo.

–Creo que a ella no le importaría. Pudo haber muerto mil veces si con eso te traía a este mundo, muchachito.

–Estoy seguro de eso.

–¿Lo estás?

–Claro. Él me lo dijo varias veces.

–Claro que lo hizo. No tendría por qué mentir.

Admira el bar; ella lo ha visitado varias veces. Lo llama un “segundo hogar”. El padre del chico lo entendía.

–Obviamente lo hizo, como todos los padres. Aunque me gusta creer que me dijo lo necesario.

–¿Qué es lo necesario para ti?

–Saber que ella me anhelaba.

Tambores eléctricos rompen la noche dentro del lugar. El ritmo de algo parecido a la música brinda un aplauso como paroxismo.

Un vaso hueco es lo que ella puede apreciar ahora.

– Cuando te veo, Gabriela, solamente puedo verla a ella.

Un certificado de preparatoria enrollado se adhirió a sus dedos hace años. Una túnica negra lo convirtió en monje, pero le negó la autoridad de uno. Se colmó de aplausos, tan sinceros como comprometedores; una segunda fila de sillas resguardaba los de su papá, donde ella lo vio siendo un hombre a su lado.

– Cuando platicábamos – dice ella – siempre me preguntaba por mi día. Siempre quería saber cómo estaba. Si me había ido mal, si me había ido bien. Era tal su insistencia que casi parecía auténtica. Cualquiera puede preguntarte eso; prácticamente es rutina. Pero en tu papá se sentía auténtico... como si realmente le importara.

La música aplaude. Alguien se despliega en una mesa; no va a moverse

pronto.

Él la mira; en esos ojos, su madre lo observa desde algún lugar.

– A él le importaba la gente. Nunca fue muy bueno demostrándolo abiertamente. Tal vez por eso el funeral fue tan solitario.

– Pudo ser lo mejor, Joaquín. La calidad es lo importante; fue la gente apropiada a despedirse.

– Tú no fuiste.

Las comisuras de las que colgaba una sonrisa eliminaron cualquier sentimiento de reproche. Una rosa atribuida a la lápida descansaba en la tierra, de la mano de ella. Todos se habían ido del cementerio cuando llegó.

– Pensé que habría sido tonto. Tu familia no me tiene mucho cariño que digamos.

– Lo sé. No te estoy echando nada en cara. Las cosas siempre fueron duras para él en ese aspecto. A mi mamá tampoco la querían mucho; eso solía contármelo mi papá, cuando le pregunté por qué ya no hablaba con mis tíos.

– ¿Tú hablas con ellos?

– Sólo a veces. Me siguen viendo como un cabrón que dejó los estudios universitarios para irse a mal vivir.

– ¿Y no fue así?

En sus manos cayeron taladros, martillos, destornilladores, tabaco y marihuana ilegal. Todo encajaba tan bien entre sus dedos. Los lápices, por más que lo intentó, nunca pudieron acoplarse.

– Supongo que preferimos lo manual. Está en mis genes por lo que veo. Él igual era medio güey. Nos solían llamar “hombres de batalla”.

– En eso estoy de acuerdo.

– Me quedé con la casa, ¿sabías?

– No, pero me alegro. ¿Qué vas a hacer con ella?

– Creo que la voy a vender. Me iré a un apartamento en “Piedra de agua”. Ahí la gente siempre necesita “trabajitos”. Ahí tengo un amigo que fabrica

whisky de forma ilegal, también. Quizá pueda meterme en el bisne.

– Es tuya ahora. Sé que tu papá aprobaría lo que pretendieras hacer.

Él empieza a adorar el techo; lo convierte en un vacío en el cual perderse.

– Lo haría – le dice a ella.

– ¿Te dejó alguna otra cosa?

– Claro que sí.

Subyuga su bolsillo. Azota la mano en la mesa.

– Esta es mi herencia, Gabriela.

Arrugados, despojados del cuidado de una cartera, tres billetes de veinte se retraían por las magulladuras.

– ¿Es en serio, Joaquín?

– Claro que sí. Mientras estaba en su cama, casi acabado y sin poder moverse, me dijo “cabrón, creo que ya hasta me estoy pudriendo, pásame mi cartera”, se la llevé, la abrió, sacó sesenta pesos y me los entregó; me dijo “esta es tu herencia; la casa ya está pagada y a tu nombre, olvídate de la deuda y haz lo que quieras con ella, pero yo ya no tengo un pinche centavo”. No sabía qué hacer con el dinero, no quería gastármelo sólo así, sólo eran sesenta pesos, pero eran los sesenta pesos de mi padre. Aunque creo que ya sé qué hacer.

Alza la mano. Un mesero se le acerca.

– ¿Ya sabe qué pedir, caballero?

– Sí, tráigame una copa de ron blanco, por favor.

Ella lo había visto jugando con un trenecito, lo había visto yéndose a dormir, la había visto regresar de la escuela. Ahora, el hombre frente a ella pide un trago.

Como un ángel enviado y con las alas en el anonimato, el mesero entrega lo que es la voluntad del hombre.

– ¿Cuánto va a ser?

– Cincuenta pesos.

Él mira la copa, es un legado destilado. Lo sujeta como si se le hubiera prometido vida eterna. Que el aroma naufrague en su nariz, la faringe debe arder antes que todo.

– Toma – los billetes están al alcance del mesero –. Déjalo así.

Atrapa los billetes y los desaparece en sus bolsillos antes de irse.

– Disfrútalo, Joaquín.

– Salud, Gabriela – el contenido retiene su olfato un momento más –.  
Salud, papá.

En lo que dura el recorrer de una lágrima por una mejilla, desaparece el trago entero en su boca.